

La Almudaina

Table with subscription rates: España, Extranjero (Unión Postal), Ultramar. Columns: PRECIOS DE ABONO, PTAS., CTAS.

Número suelto . . . 5 cts.
Id. atrasado . . . 10 .

DIARIO DE LA MAÑANA-AVISOS Y NOTICIAS

El copista

(Cuento)

A las siete de la tarde, cuando Carlos Richard, el empleado más antiguo de la agencia de copias dramáticas Ledoux, limpiaba su pluma para retirarse, llamóle el jefe y le dijo:
-Nos ha caído mucho que hacer esta noche.
-¿Qué pasa, señor Ledoux?
-He recibido un manuscrito y una carta de un célebre autor á quien nada puede negarsele. Cuento con usted para salir de este compromiso. Figúrese usted que se me exige que mañana al amanecer estén copiados los cinco actos de la obra.
-¿En prosa ó en verso?
-En prosa.
-Tanto mejor.
-Advierto á usted que hay que pasar toda la noche en vela.
-No importa.
-Pues váyase usted á comer y vuelva en seguida. Estará usted solo en el despacho.
Carlos no opuso la menor resistencia á los deseos de su jefe. El infeliz estaba acostumbrado á obedecer y se sometió fácilmente, renunciado á su proyecto de dar un paseo con un antiguo amigo. El deber ante todo.
El pobre dependiente se fué á comer y volvió al despacho provisto de una botella llena de café, que trala á prevención para evitar las acometidas del sueño.
Sentóse ante su mesa y puso manos á la obra, comenzando por escribir los nombres de los personajes:
El conde de Gratz...
Emma Ferion...
Flechelles...
Etc., etc.
Después siguió copiando:
(La escena pasa en la época actual. El primer acto en casa del conde...)
Todo le era igual á Carlos, pues no tenía nada de curioso, y siempre que terminaba un trabajo podía decir con aire de honrada satisfacción:
-¡He copiado, no he leído!
Así es que terminó el primer acto sin pensar en nada como de costumbre, hasta el punto de que no hubiera podido referir á nadie el comienzo de intriga.
Hacia mucho calor, y el copista, que había trabajado todo el día, se sintió extraordinariamente fatigado.
Tomó una taza de café y prosiguió su tarea, internándose en el segundo acto de la obra, hasta que lo concluyó sin pestañear.
A fin de otorgarse algún descanso, cosió los dos primeros cuadernos y dió un paseo por la habitación.
Era la una de la madrugada, y reinaba en torno de Carlos el más profundo silencio.
Vencido en cierto modo el cansancio, aboró nuestro hombre el acto tercero:
(Una sala en casa de Flechelles. Muebles muy elegantes.—En el fondo una ventana. A la derecha un piano.—A la izquierda una consola y un espejo...)
La pluma se deslizaba con gran rapidez por el papel, cuando de pronto se le cayó al suelo uno de los pliegos que había escrito. Bajóse á recogerlo y notó que se le amenguaban las fuerzas. Además le pasaba en aquel momento una cosa singular. Leía el manuscrito, fijándose en el sentido de las frases en vez de copiar maquinalmente las palabras.
Y lo que leía le interesaba, hasta el punto de volver las hojas para ir conociendo el desarrollo de la fábula.
Lo que más le llamó la atención fué una escena de amor en extremo apasionada, en que el héroe del drama hace á la heroína una ardiente declaración, le cuenta su historia, le dice cuánto había sufrido y cuán grande es el derecho que tiene á la felicidad, pintándole además el cuadro de su triste vida, pasada en medio del más absoluto aislamiento, sin ningún afecto tutelar y sin objeto hasta el momento en que la había encontrado en su camino.
Carlos, el hombre de menos imaginación del mundo, establecía cierta semejanza entre su suerte fatal y la del infortunado galán de la obra.
El pobre copista había vivido siem-

pre aislado, sin haber podido satisfacer nunca la sed de cariño que tanto le había hecho sufrir en los tiempos de su lejana juventud.
También había sido siempre pobre, y pasaba su vejez sin poder hallar consuelo en ningún recuerdo halagüeño y venturoso.
Velase niño, educado de limosna por un pariente que le echaba en cara el beneficio que le dispensaba, diciéndole que no tenía derecho alguno al pan que comía.
Su hermosa letra—única habilidad que le había proporcionado varias colocaciones como escribiente en las oficinas del ejército cuando era soldado, y luego en las copisterías teatrales, donde ganaba un miserable sueldo.
Así había pasado treinta años, treinta años sin aventuras, sin saber siquiera en lo que consisten la amistad y el afecto de la mujer.
Su corazón, sin embargo, habría querido hablar en otro tiempo; ¿pero quién se hubiera dignado escucharle ni calmar sus anhelos? Siempre se habían burlado de él, en cuantas ocasiones intentara poner de manifiesto los sentimientos de su alma. Y, poco á poco, se había resignado, encerrándose en sí mismo y comprendiendo que era uno de esos seres que nunca son amados y á quienes desdennan siempre las mujeres.
Y había envejecido, convirtiéndose en un buen hombre, muy obsurecido, y de cuya bondad proverbial abusaba todo el mundo.
Todos sus placeres se reducían á jugar á las cartas en un café con un antiguo conocido suyo que le hacía todo género de trampas para obligarle á pagar el gasto.
-No puede figurarse usted, señora, lo que fué mi vida antes de conocerla á usted. Una lucha sin esperanzas, una angustia indefinible, una penosa travesía por un desierto.
Así hablaba el personaje de la obra. Y aquellas palabras pintaban tan bien su situación, que Carlos, apretando la pluma entre sus dedos y sin pensar en escribir, se echó á llorar como un niño.
-¡Qué cruel era su destino! ¡Una lucha sin esperanzas, una angustia indefinible, una penosa travesía por un desierto!
Este era el triste lote que le había deparado su mala estrella.
En lo único que se diferenciaba del galán de la obra, era en que nunca podría referir á nadie lo que había sufrido en su aislamiento, ni encontrar un alma compasiva que se apiadara de su infortunio.
Era ya demasiado viejo y tendría que morir en su buhardilla solo, como siempre había vivido.
Y de tal modo le horrorizó el recuerdo de su estéril pasado, que las lágrimas que vertía mancharon una de las páginas que ya había copiado.
Este desastre despertó á Carlos del ensueño en que se hallaba sumido y devolvió al pobre copista su sangre fría habitual. El honor de su profesión estaba comprometido y era preciso que la mancha desapareciese inmediatamente.
Por lo tanto, desde aquel momento no pensó más que en los medios de borrarla, y á este fin cogió un pliego de papel secante y un raspador, logrando al cabo de poco tiempo reparar en absoluto el desastre.
-¡Con cuánta satisfacción respiro cuando la mancha hubo desaparecido por completo. ¿Dónde tenía Carlos la cabeza? ¿Qué significaba aquella melancolía? ¿Tenía acaso derecho á gastar en quiméricos ensueños el tiempo que debía á su principal?
El pobre Carlos se puso rojo de vergüenza al notar que las agujas del reloj habían seguido su marcha mientras él se entretenía en recordar sus pesares y el triste cuadro de su desdichada juventud.
Y lo que más le apesadumbraba era que sin saber á qué atribuirlo, leía con interés vivísimo lo que copiaba, faltando así á una de las principales prescripciones de su oficio.
Atormentábase por esto un remordimiento atroz, como el que pudiera corresponder á un gravísimo delito.
Sin embargo, comprendió que, á pesar del tiempo inútilmente perdido, podría terminar su trabajo á la hora convenida.

Mojó la pluma en el tintero, se inclinó sobre el papel y puso de nuevo manos á la obra.
Y tal prisa se dió, que, rendido de fatiga, con los ojos hinchados y la mano abotargada, al rayar el día había logrado escribir al pie de la última escena la palabra «fin», con una hermosa letra redonda, digna de un pendolista de primer orden.
PAUL GINISTY
Senado
Sesión del día 7
Prólogo
No había mucha concurrencia en el Senado al comenzar la sesión del día siete.
Algunos diputados que fueron á oír la contestación que daba el general Weyler al señor conde de las Almenas, se retiraron antes de que la sesión comenzase.
Todo el mundo decía en el salón de Conferencias.
-«El general Weyler ha pedido la palabra para hablar del protocolo. No hablará hoy.»
Se abrió la sesión á las tres y cuarto.
Se lee el acta de la anterior.
Se lee el dictamen de la Comisión del Protocolo.
El señor Fabie: Pido la palabra.
El general Weyler
El general Weyler: Siento no haber oído ayer al señor conde de las Almenas. Pero sus palabras, que he leído en el Diario de Sesiones, son una injuria al ejército, y especialmente á los jefes que le han mandado en Cuba, Filipinas y Puerto Rico.
La culpa de todo lo que ha sucedido no la tiene el ejército, sino los hombres políticos que estuvieron y están al frente del Gobierno de la nación.
-¿Quién no recuerda la campaña de hostilidad que hacia mi persona hizo parte de la prensa peninsular y de la gran Antilla, cuando estuve mandando el ejército de Cuba?
Una de las culpas más graves del Gobierno es haber nombrado para el gobierno insular cubano á individuos cuyos antecedentes debían conocerse en Madrid. Claro es que no me refiero al dignísimo señor Montoro y á otros como él.
-¿Cómo había preparado el Gobierno de Madrid la guerra con los Estados Unidos? ¿Qué preparación de guerra se hizo en Cuba y Filipinas?
Desde que llegó á Madrid Mr. Woodford, veía yo que íbamos rápidamente á la guerra. ¿Estábamos en condiciones para ir á la guerra? Yo no lo sé; pero lo que sí se perfectamente es que debí llamar entonces á los que entienden de estas cosas y le hubieran aconsejado si se debía ó no ir á la guerra. Tal vez yo, de haber sido llamado, habría dicho que no.
La autonomía no era, como se dijo en Zaragoza, la paz, sino la guerra á plazo fijo.
Señor conde de las Almenas: ¿Tenía la nación recursos para sostener la guerra con los Estados Unidos?
Desearía que su señoría nos lo demostrase.
El ejército cumplió en todas partes con todos, absolutamente con todos sus deberes.
Hablemos de la escuadra del almirante Cervera.
Yo desearía que se trajera aquí el acta de la junta de generales que determina la salida de Cabo Verde á Santiago de Cuba.
Entiendo que aquella escuadra no resolvía en la gran Antilla ningún problema. Indudablemente se cometió en el asunto una grave falta de lesa patria. La escuadra sepa el país, debió quedarse en Canarias ó debió haber ido oportunamente á Hong-Kong, donde se encontraban los buques americanos que se preparaban á salir para Manila en busca de otra flota débil, casi sin medios de defensa.
Y una vez que la escuadra de Cervera llegó á Santiago, ¿qué disposiciones para socorrerla tomó el capitán general de Cuba?
El señor Presidente: Ruego á S. S. que se atenga sólo á rectificar lo dicho por el conde de las Almenas.

El general Weyler: Creo que el ejército de Santiago, como todo el de Cuba, se ha batido bizarramente. Si los resultados obtenidos no respondieron á la abnegación del ejército, la culpa es de otros, y las responsabilidades no deben exigirse más que á ellos.
Día llegará, señores senadores, en que discutamos sobre todo esto. Ni siquiera lo intento ahora porque comprendo que sería enteramente inútil. No se dejaría conocer lo que yo dijese, por la misma razón que no se ha permitido que los periódicos publiquen la noticia de mi reciente regreso á Madrid.
Respecto de Filipinas hay también mucho que hablar; pero renuncio á ello por igual motivo y porque el general Primo de Rivera, que se halla presente, podrá dar al Senado cuantos informes convenga conocer.
El conde de las Almenas
El señor Presidente: El señor conde de las Almenas tiene la palabra.
El señor conde de las Almenas: He pedido la palabra, señores senadores, para cumplir con un deber de cortesía contestando al señor general Weyler, porque realmente S. S., respecto de las palabras que ayer tuve el honor de pronunciar ante el Senado, no ha dicho nada que particularmente pueda afectarme; y en cuanto al fondo del asunto, el general Weyler, como ha visto la Cámara, ha hecho mi causa, habiendo después formulado una acerba censura de las operaciones practicadas en la isla de Cuba.
El general Weyler ha sido general en jefe, y, como tal, responsable de todos sus actos, porque á eso es á lo que obliga el mando superior y esa es la responsabilidad que asume el que acepta el mando de un ejército. (El señor López Domínguez: Pido la palabra.)
Su señoría, en vez de dirigir censuras al Gobierno, como general en jefe que era entonces, debió ver inmediatamente si estaban ó no conformes sus planes con los del Gobierno, y si no lo estaban, escribir su dimisión y presentarla. (El señor general Weyler: No tiene nada que ver lo que S. S. está diciendo. En el tiempo de mi mando, el Gobierno me dejó en completa libertad para todas mis operaciones.) No tiene, pues, su señoría derecho de inculpar á nadie. (El señor general Weyler: Su señoría no puede referirse al tiempo de mi mando. En ese tiempo, el Gobierno que había entonces me juzgará.) No me importan las interrupciones de S. S.; pero agradecería que las guardasen para contestarme en ocasión más oportuna y no las emplearan en ahogar mi voz en este momento.
Yo ayer, desde este sitio, he dirigido, como representante de la nación, un saludo á esas víctimas de la guerra á esos soldados que regresan á la patria vencidos y humillados, y he dicho y repito que ni una sola palabra he de retirar de aquellas que ayer pronuncié, cuando decía que mi saludo era nada más que para el soldado y no para sus jefes, que no han sabido, que no han podido conducirlos á la victoria, y ya que no á la victoria, á caer con honra y con prestigio. (Varios señores senadores interumpen al orador.) Eso he dicho yo, señor general Primo de Rivera, y á mí no me asustan ni me achican los entorchados ni las condecoraciones. (Varios señores senadores pronuncian palabras que no se oyen.) Yo soy aquí un representante de la nación, que cumple con su deber, y soy irresponsable ante el Senado y ante... (Varios señores senadores interumpen al orador. El señor presidente agita la campanilla.)
Yo no vengo á insultar á nadie, no me importa la clase; esa clase donde ha debido batirse es en la manigua y no venir aquí á interrumpir, puesto que no tiene derecho para ello... (Grandes murmullos.)
El señor Presidente: Ruego á su señoría que, al manifestar al Senado lo que tenga por conveniente, emplee formas tales que no promuevan escenas como las que acaba de presenciar la Cámara. Toda se puede decir, y siempre depende todo de la forma.
El señor Conde de las Almenas: Señor presidente, cada cual se expresa en la forma y manera á que su temperamento le inclina.

Yo no creo que he faltado ni á la consideración de la Cámara ni á la de S. S., á quien respeto y considero mucho. Yo me habré expresado con calor, porque me parece que en estos momentos solemnes y tristísimos para la patria, todo el calor que se emplee en la frase resulta escaso.
El señor Presidente: Yo no digo que haya faltado S. S. á la Cámara ni á la Presidencia, porque si así lo hubiera creído, yo hubiera tenido la imprescindible necesidad de acudir al Reglamento. No; no ha faltado S. S. á la Cámara; pero me he permitido desde este sitio llamar la atención de S. S. con una indicación de mera prudencia, porque el mundo se gobierna más que por el criterio de la justicia, por el criterio de la prudencia.
Por lo demás, S. S. está en el uso de su derecho.
El señor Conde de las Almenas: Agradezco mucho las palabras del señor presidente.
Yo no he venido aquí á discutir nada todavía, porque no tengo los datos necesarios para discutir, y... (El señor Primo de Rivera: Entonces no se censura.) Yo hago lo que tengo por conveniente hacer, y como yo creo que debo hacerlo, por eso me he levantado aquí. Yo he venido á ser el eco de la opinión y del público, y si me dejáis sólo, vosotros los que vestís el uniforme y lleváis al cinto una faja, conmigo estará el país entero, que es el que ha dado sus hijos para la patria y el dinero para sostener la guerra... (El señor Primo de Rivera pronuncia palabras que no se oyen.—El señor general López Domínguez: Aquí no hay generales, aquí no hay más que senadores.) Hasta ahora generales son los que han discutido conmigo y los que me han interrumpido.
He dicho, y repito, que yo no he venido á discutir nada todavía. Ayer con gran mesura me limité á pedir datos al señor ministro de la Guerra y al señor ministro de Marina para en su día discutir. La discusión vendrá, y las responsabilidades vendrán también.
El señor ministro de Ultramar dijo ayer que el Gobierno ha enviado á los tribunales competentes los datos necesarios y esos datos servirán para que los hechos sean esclarecidos.
Sí; y lo han de ser, porque hay que arrancar de los pechos muchas cruces, y hay que subir muchas fajas desde la cintura hasta el cuello.
El ministro de la Guerra
El señor ministro de la Guerra: Ruego al señor conde de las Almenas que suspenda todo juicio hasta que tenga los datos que ha pedido.
El general Primo de Rivera
El señor Primo de Rivera: Contra costumbre, esta mañana me llevaron el Diario de Sesiones á las diez de la mañana. Leí las palabras del conde de las Almenas, y decidí venir á protestar de ellas. No he consultado con nadie. No es exacto que exista una inteligencia entre varios generales para marchar de acuerdo en el debate planteado por las palabras que en la sesión de ayer pronunciara el conde de las Almenas.
-Si el señor conde de las Almenas—dice el citado general—tiene alguna faja, debe llevarla, no al cuello, como él pide para los demás, sino á la boca.
Aquí no se puede venir con noticias del arroyo y con informaciones de los corresponsales yankees. Aquí es preciso traer, señor conde, datos irrefutables y hechos concretos.
Hace un caluroso elogio del soldado español y defiende á los generales, jefes y oficiales y á la Administración del ejército.
El señor Montero Ríos hace que cesen los rumores con que son acogidas las últimas palabras del general Primo de Rivera.
En suma; á juicio del soldado, no se ha podido hacer con el soldado otra cosa que lo que se ha hecho.
-Aquí—prosigue—no hay más responsables que los Gobiernos, y detrás de los Gobiernos los gobernadores generales.
Vuelvo á pedir que cuando se hable de estos asuntos se traigan pruebas, pero pruebas concluyentes.
Protesta contra lo afirmado por el señor Moret acerca de ofrecimientos de reformas políticas para el Archipiélago filipino.

FERRICARRILES de MALLORCA



Servicio de trenes para viajeros que regirán desde el día 10 de Abril de 1898

De Palma hasta Manacor y Felanig, á las 7'40 mañana, 2 y 6'25 (mixto) entre Empalme y Manacor y Santa María y Felanig tarde.

De Lapuebla hasta Palma, Manacor y Felanig, á las 6'55 mañana, 1 y 5'25 (mixto hasta Empalme) tarde.

Vapores Correos

SALIDAS

Lunes 2 tarde, para Barcelona (via Soller). Martes 5 tarde, para Barcelona (directo).

Domingos 2 tarde, (via Barcelona para Alcudia).

ENTRADAS

Lunes 10 mañana, de Barcelona via Soller, y de Mahón (via Alcudia). Martes 9 mañana, de Ibiza y Alicante.

SEPTIEMBRE

11

1849.—Escribió al Rey el Gobernador Castellón, dándole cuenta de los manejos de los partidarios de Jaime III.

DOMINGO

253 | Sta. Teodora penitente y san | 113 Jacinto, mártir.

SEPTIEMBRE

12

1681.—Regativas por razón de la peste que reinaba en el continente.

LUNES

254 | Santos Valeriano y Leoncio, | 111 mártires.

LA ROQUETA Fábrica de Cerámica, Azulejos y Baldosas de Pedro A. Cetre

Gran surtido de azulejos en dibujos nuevos.—Se servirán toda clase de encargos para decorado.—Baldosas de barro incrustado de varios dibujos.—Figuras, Bustos, Jarrones y demás objetos de arte.

CENTRO DE ANUNCIOS JUAN GONZÁLEZ CALLE DE LA LUZ NÚMERO 21

TARIFA PARA LOS MISMOS ANUNCIOS MORTUORIOS. Table with columns for advertisement size and price in Ptas. and Cs.

LA PAJARITA ANTIGUA CASA MULET FUNDADA EN 1834 SAN NICOLÁS, 6 CHOCOLATES Y COMESTIBLES FINOS CAFÉS TOSTADOS DIARIAMENTE SERVICIO A DOMICILIO

Impotencia debilidad genital, Espermatorrea y esterilidad. Curación rápida con la pomada fortificante de Rodríguez de los Ríos.

VIAJE DE RECREO á las maravillosas Cuevas del Drach y visita al lago de los FRANCÉSSES descubiertos por Mr. E. A. Martel-1896-en el término de Manacor.

Isleña Marítima Servicio de itinerario fijo combinado entre los puertos de Alicante, Palma, Cotta y Marsella. El vapor CATALUÑA

La medicación Sulfurosa á domicilio Gotas-madres sulfurosas de Bar Con las cuales se preparan inmejorables aguas sulfurosas para bebida, gargarismo, pulverización, baños sulfurosos, etc.

HORNO Se alquila uno con todos los muebles en la calle del Socorro, número 104.

AVISO Hay para vender una estantería, mostradores, aparatos de gas y otros estensivos propios para una tienda de ropas á precios reducidos.

Academia DE 1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA A CARGO DE DON JUAN GIL Y AMENGUAL Maestro de 1.ª enseñanza y Bachiller Sol, 38-2.º

Desde el 1.º de actual quedan abiertas las clases de 1.ª enseñanza, y en 1.º de Octubre se reanudarán las de 2.ª. Se admiten alumnos permanentes y externos.

PARA PONCE Saldrá de este puerto para el de PONCE del 20 al 25 del actual, el bergantín goleta URBANA capitán don Miguel Vequer.

Elixir Estomacal de Saiz de Carlos Curación segura del 88 por 10 de los enfermos crónicos del estómago á intestinos, aunque lleven 25 años de sufrimiento.

BOTELLÁ 5 PESETAS Serrano, 80, Farmacia, Madrid y principales de España. Palma: Farmacias de Fras y de D. Juan Valenzuela.

UNA OPERACIÓN PARTICULAR es el separarse las cejas quien las tenga muy pobladas y le dan entrecerjo serio y repulsivo, é quitarse el importuno vello que sombre la cara de algunas damas, é hacerse la corona sin necesidad de la navaja del peluquero, é quitarse el pelo de los carrillos los hombres pelados.

Tipo-lit. de Amengual y Muntaner

NO MÁS CASPA, NI CANAS ni enfermedades de la cabeza El Tricofero Padró que es el tónico más antiguo de España y más acreditado, hace crecer el pelo sano, limpio y con su color natural.

Vivero de viña americana DE Sebastián Meliá Premiado con medalla de oro, por ingertos sobre americana en la Exposición agrícola de Manacor. Precios muy económicos